

# Las mujeres y sus días

Cada celebración del Día de la Mujer provoca una tensión entre lo que hemos avanzado y lo que queda por recorrer. Recuerdo la primera vez que fui consciente de esta especie de avance-con-retroceso que lastramos en la lucha por la igualdad de género. Yo iba a dar un taller de periodismo a alumnos y a alumnas de 12 años en un centro educativo cuyo compromiso con la coeducación era y es irreprochable. El primer día, mientras esperaba a que acabaran las clases, me entretuve mirando una exposición de murales sobre las obras de Julio Verne que habían hecho los chavales. En el 90% de los comentarios prevalecía la queja por lo que denominaban el machismo del autor frente a cualquier otra consideración literaria o histórica. Me impresionó mucho el cambio de perspectiva. Yo a esa edad me limitaba a transitar sin más por el universo de aventuras y mundos posibles de Verne. Nunca me explicaron que ese mundo creado tenía una referencia en el mundo real del autor. Jamás me hablaron de su época, de las relaciones sociales y por supuesto a nadie se le ocurrió hablarme del sesgo androcéntrico de sus obras. Quizá cuando lo aprendí un tiempo después ya no recordaba con especial agravio sus historias. Sin embargo, esas chicas y chicos ya eran conscientes de que en ellas había una

representación diferente de hombres y mujeres, y traducían su conocimiento por esa desigualdad en una denuncia, cuando no en un abierto rechazo. Pensé que tenían mucha suerte por saber lo que esconden los relatos y por poderlo compartir en un aula. Ahora bien, seguí con mis dudas sobre si el precio a pagar por aquellos jóvenes debía ser necesariamente la rabia que secuestraba la curiosidad por unos libros tan interesantes.

De esto hace más de 15 años, y esa sensación contradictoria la he vuelto a experimentar en no pocas ocasiones. Sin ir más lejos, cuando observo la forma en que algunas escuelas conmemoran el 8 de marzo. En ocasiones, el recuerdo de esta fecha se limita a plantear una reflexión aislada o una manifestación lúdica o jocosa sobre la "guerra de sexos", o incluso a que los maestros regalen una flor a sus compañeras de claustro.

¿Cómo procesarán los críos y las crías estos gestos? ¿Qué importancia le darán a una celebración que no merece un tratamiento especial ni transversal, ni siquiera una semana de actividades? Debería preocuparnos que desde la educación formal no se aborde este tema con suficiente altura de miras para evitar distorsiones y efectos contrarios a lo que se pretende.

Celebrar el Día de las Mujeres es conmemorar una historia de lucha por la igualdad,

visibilizar la existencia de colectivos y espacios de denuncia y propuestas políticas para una transformación de todos los sistemas de dominación. ¿Se puede comunicar eso a los más pequeños? No es fácil, sin duda, pero se pueden hacer cosas. Por ejemplo, celebrar la suerte que tenemos de ser iguales y a la vez diferentes: en el aula, el patio, la familia o tantos otros espacios importantes. O incidir en los vínculos de amistad entre niñas y niños, el reconocimiento de todo lo que les separa -juegos, gustos, preferencias estéticas y otras circunstancias- y también de lo que les une como compañeros y compañeras de sentimientos, emociones y proyectos compartidos. Se trata de igualar desde lo común, no desde lo propio.

En la formación de la identidad sexual que tiene lugar en el aula, cada niña hace frente común con sus iguales frente a los chicos, a la vez que procesa un continuo de imágenes asociadas a su género. Es un proceso conflictivo, porque los medios de comunicación hacen más negocio con la división de sexos que con los mensajes de igualdad. Por eso hay que tener mucho cuidado si queremos que la gente joven viva las relaciones entre los géneros de forma consciente, libre y transformadora.

Hace falta encontrar nuevos gestos que visibilicen el 8 de marzo sin reforzar sim-



MARÍA LOZANO ESTIVALIS  
Profesora de Pedagogía de los Medios.  
Univ. Cardenal Herrera-CEU

plificaciones que taponen un asunto tan complejo y sin caer en festejos que emulen el viejo *Reina por un día*, aquel programa televisivo que elegía a una mujer, la sentaba en un trono con un inmenso ramo de flores y le concedía un deseo. A las crías de nuestras escuelas les encanta esta imagen porque es lo más parecido al mundo indolente y fantástico de Disney, pero la lucha de mujeres y hombres por unas relaciones humanas dignas no puede admitir que se la compare con aquella rancia caricatura.

Por cierto, que mis alumnos y alumnas del taller de periodismo eran infinitamente más indulgentes con Disney que con Julio Verne. Otra señal de lo mucho que queda por hacer.